

¿Qué mequieres, amor?

Álvaro Tato, autor de la versió

Bienvenidos al laberinto. En el centro está Diana, condesa de Belflor, buscando la salida. Alrededor pasillos, salas, galerías llenas de sombras, secretos, murmullos, trampas, traiciones... y deseo.

Deseo de cuerpos, de poder, de dinero, de sangre, de nombre. Como los zánganos, obreras y reina de una colmena recién sacudida, los habitantes de este palacio doblan sus apuestas cuando el amor rompe el delicado equilibrio; nosotros gozamos mirando el trampantojo de entradas, salidas, disfraces, excusas y escondites, pero ellos se juegan la posición, la fama e incluso la vida.

Ese riesgo convierte la deliciosa comedia en una obra maestra: justeza rítmica, situaciones desopilantes, desvarío coral al servicio de conflictos hondos, con viviandad pero sin ligereza. Si Wilder o Lubitsch hubiesen vivido en el Siglo de Oro serían discípulos de Lope, conocedor del secreto de los grandes creadores cómicos desde Aristófanes hasta Chaplin pasando por Molière o Cervantes: la risa es un camino al corazón humano.

¿Y el corazón de Diana? La mayoría de personajes la consideran loca, caprichosa, veleta, *monstruo de mudanzas*. Hasta los eruditos encargados de varias de las ediciones contemporáneas del texto repiten la idea de su histeria e insania. Nosotros preferimos indagar en los conflictos de una mujer en el poder, atrapada entre las inmensas presiones y prejuicios de su estatus social y los arrebatos de su amor y su deseo; un volcán encendido en esa Nápoles palaciega y caliente.

No resultan menos jugosos, contradictorios y tridimensionales los personajes que la rodean: el maquiavelismo dubitativo de Teodoro, el amor obstinado de Marcela o la imaginación temeraria de Tristán, más que un gracioso, un verdadero comediante, a la vez actor y dramaturgo, que transforma la realidad y logra que la ficción (“la verdad de las mentiras”, diría Vargas Llosa) salve todas las barreras de clase en un desenlace de impecable ironía.

Además, podemos saborear esta obra como un poema deslumbrante. Belleza activa engastada en versos «que sobre pajas humildes/ torres de diamante hacéis». En el laberinto del ser y el parecer, los versos sustituyen a las acciones. Son dagas, tentáculos, lenguas. Los personajes se tantean, se palpan, se aman y se odian a través de palabras medidas, sutiles, precisas y preciosas, hielo fino sobre el que patinan con riesgo de hundirse a cada instante.

Nuestra versión (el plural incluye a mi maestra Helena Pimenta, con quien trabajo mano a mano, tejiendo juntos la dramaturgia de las acciones, conflictos y sucesos de la obra) pretende ser fiel a Lope, a la comedia y al teatro como

arte del presente. Todos los cambios, injertos y supresiones pretenden salvar los obstáculos del paso del tiempo sobre el idioma, para que el espectador pueda comprender cada verso sin perder el aroma de época y disfrutar a fondo de este divertidísimo viaje al laberinto de nuestros propios deseos. Id en buen hora.

*En gran peligro, amor, el alma embarco,
mas si tanto el honor tensa la cuerda,
por Dios, que temo que se rompa el arco.*